

Trilogía de Auschwitz

Primo Levi

Trilogía de Auschwitz

Traducción de Pilar Gómez Bedate



El Aleph Editores

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta fuera del ámbito de la Unión Europea.

Título de las ediciones originales:

Se questo è un uomo; La tregua; I sommersi e i salvati

Se questo è un uomo

© 1958, 1976 by Giulio Einaudi Editore, Torino

La tregua

© 1963 by Giulio Einaudi Editore, Torino

I sommersi e i salvati

© Primo Levi, 1989

Primera edición: marzo de 2005

Primera edición en esta colección: noviembre de 2008

© de la traducción: Pilar Gómez Bedate, 1987, 1988, 1989

© del prólogo: Antonio Muñoz Molina, 2005

© de esta edición: Grup Editorial 62, S. L. U., El Aleph Editores

Peu de la Creu, 4, 08001 Barcelona

correu@grup62.com

grup62.com

Fotocompuesto en Víctor Igual, S. L.

Impreso en Limpergraf, S. L.

ISBN: 978-84-7669-843-3

Depósito legal: B-44.894-2008.

Contenido

PRIMO LEVI: EL TESTIGO SIN DESCANSO 9

TRILOGÍA DE AUSCHWITZ

SI ESTO ES UN HOMBRE

El viaje	31
En el fondo	42
La iniciación	61
<i>Ka-Be</i>	66
Nuestras noches	82
El trabajo	92
Un día bueno	99
Más acá del bien y del mal	106
Los hundidos y los salvados	117
Examen de química	133
El canto de Ulises	141
Los acontecimientos del verano	149
Octubre de 1944	157
Kraus	166
<i>Die drei Leute vom Labor</i>	171
El último	181
Historia de diez días	188
Apéndice de 1976	214

LA TREGUA

El deshielo	251
El Campo Grande	259
El griego	273
Katowice	299
Cesare	314
Victory Day	329
Los soñadores	341
Hacia el sur	353
Hacia el norte	367
Una <i>curizeta</i>	376
Viejos caminos	387
El bosque y el camino	398
Vacaciones	411
Teatro	426
De Staryje Doroghi a Iasi	437
De Iasi a la línea	449
El despertar	466

LOS HUNDIDOS Y LOS SALVADOS

Prefacio	475
1. El recuerdo de los ultrajes	485
2. La zona gris	497
3. La vergüenza	529
4. La comunicación	546
5. La violencia inútil	561
6. El intelectual en Auschwitz	581
7. Estereotipos	601
8. Cartas de alemanes	617
Conclusión	647

Primo Levi: el testigo sin descanso

Escritor, judío, superviviente de Auschwitz: cabría decir que esos tres rasgos definen la identidad y el destino de Primo Levi, pero es muy revelador de su carácter que en ninguno de los tres se instalara con comodidad, o sin incertidumbres. Escribió su primer libro en 1946, cuando apenas empezaba a incorporarse en la vida normal tras el regreso de la deportación, pero lo cierto es que tardó mucho en encontrar editor, y que no volvió a publicar nada hasta 1961. Aun después de que empezara a tener lectores numerosos y a recibir premios, Primo Levi siguió dedicándose a su profesión de químico, de la que sólo se retiró en 1977, a los cincuenta y ocho años, para consagrarse en exclusiva a dos tareas que en realidad eran la misma, la de escribir y la de seguir dando testimonio de su cautiverio en Auschwitz casi en cualquier sitio donde se lo solicitaran. Por entonces ya era un escritor publicado y celebrado internacionalmente, pero le daba pudor, aseguraba, aplicarse a sí mismo ese calificativo. El oficio de químico no había sido para él uno de esos trabajos a los que los literatos se resignan quejumbrosamente para ganarse la vida: era una parte sólida y honrosa de su identidad, no menos asidua que la literatura, o que esa otra tarea que emprendió aun antes de escribir su primer libro, la de narrador de las experiencias que había conocido en el campo de exterminio: narrador en el sentido más primitivo y sagrado, el que cuenta en voz alta y se niega a permanecer en silencio, el depositario y el guardián de una memoria imprescindible.

La Química era para Levi una vocación que implicaba una ética y también una estética: la ética del trabajo bien hecho, en el que se ponen los cinco sentidos, al que se dedican las fuerzas mejores de la inteligencia; la estética de la claridad y la precisión, antídoto contra las retóricas embusteras y las palabrerías infecciosas del fascismo, y contra las vaguedades y las indulgencias de la literatura. A Primo Levi la Química le sirvió como asidero contra una realidad hostil durante su adolescencia de judío apocado, le dio una pasión intelectual vigorizadora en medio de la conformidad social de la Italia fascista y además, literalmente, le salvó la vida en Auschwitz, al permitirle la ventaja crucial de trabajar al abrigo de un laboratorio durante los meses más fríos de un invierno que habría sido letal para él, como lo fue para tantos otros, si hubiera tenido que soportarlo a la intemperie.

Su condición de judío no era menos problemática que la de escritor. No hablaba hebreo, no había recibido una educación religiosa ni vivido en una comunidad tupida y segregada, consciente de su diferencia, orgullosa de su tradición propia. La tradición judía la investigó Primo Levi después de volver de Auschwitz: el signo más indeleble de su identidad judía era el número de prisionero tatuado en su antebrazo. Sus antepasados habían llegado al Piamonte, a través del sur de Francia, después de la expulsión de España, y en la memoria familiar se guardaban historias de parientes excéntricos y se conservaban palabras y apodos de sabor antiguo y significado muchas veces perdido, pero tanto su padre como su madre pertenecían a familias plenamente asimiladas, y ni en el Piamonte ilustrado y burgués ni en el resto de Italia existía un antisemitismo demasiado perceptible, del mismo modo que no existían comunidades judías tan cerradas y populosas como las del este de Europa, tan separadas lingüística, religiosa y culturalmente de las mayorías que las circundaban. Como a tantos europeos de su clase y de su generación, a Primo Levi lo volvieron consciente de su condición de judío las soflamas nazis y fascistas sobre pureza de

sangre y las leyes raciales, que en la Italia de Mussolini se promulgaron en 1938, cuando él tenía diecinueve años, si bien su aplicación no tuvo la saña sistemática ni el grado de consenso y obediencia social que las volvió tan mortíferas en Alemania y en Austria, o en la misma Francia de Vichy, que era un país mucho más peligroso para los judíos que la Italia de Mussolini.

El padre Levi, un ingeniero culto y muy viajado, agnóstico, con aficiones musicales, se afilió al Partido Fascista en los primeros tiempos, y no parece que advirtiera un contrasentido, al menos al principio, en ser judío y llevar la camisa negra. En cuanto a su hijo, las leyes raciales y la crecida del antisemitismo, que coincidieron con el final de la adolescencia y la primera juventud, acentuaron en él una propensión muy arraigada a la timidez y al ensimismamiento, reforzados por un cierto complejo de inferioridad física. En muchas de las entrevistas que le hicieron, Primo Levi se definía a sí mismo como tres cuartos italiano y un cuarto judío —aunque ese cuarto era irrenunciable para él. Cuando viajaba a Estados Unidos, donde las identidades colectivas son mucho menos flexibles y poderosas que en Italia, se extrañaba mucho de que el judaísmo fuera considerado la parte más relevante de su identidad de escritor.

La incomodidad que esa afiliación obligatoria le provocaba coincidía con la independencia de sus opiniones sobre el Estado de Israel y la política de sus gobernantes. El centro del judaísmo, decía siempre, no estaba en Israel, como pretendían los sionistas, sino en la Diáspora: estas posiciones, así como su rechazo terminante y público de las matanzas de palestinos en los campos de Sabra y Chatila, en 1982 —cometidas por milicianos libaneses, ante la indiferencia del ejército ocupante israelí, mandado entonces por Ariel Sharon—, hicieron que sus relaciones con la comunidad judía norteamericana y con la opinión pública de Israel fueran por momentos muy difíciles, y acentuaron en él una tendencia al aislamiento y a la desolación que lo ganaba poco a poco en sus últimos años, y que según

una opinión muy extendida tuvo mucho que ver con su posible suicidio.

Pero tampoco como superviviente y testigo de Auschwitz resultaba cómodo o convencional Primo Levi. Se consagró te-nazmente a contar su experiencia, a sostener la memoria de los campos y a reflexionar sobre lo que había vivido, pero nunca accedió al victimismo blando, a la sentimentalización del sufrimiento, a la tranquilidad de conciencia que habría obtenido aceptando una división limpia y nítida entre los oprimidos y los opresores, entre los verdugos y las víctimas: «Toda víctima debe ser compadecida, todo superviviente debe ser ayudado y compadecido, pero no siempre pueden ponerse como ejemplo sus conductas». Le desagradaba la palabra «Holocausto» porque veía en ella una tentativa de encontrar un sentido de sacrificio sublime o de pasión religiosa a lo que no había sido más que un proyecto político de sometimiento y destrucción de los seres humanos. Sobrevivir, repitió muchas veces, no había sido un mérito, y mucho menos una experiencia espiritual ennoblecedora o redentora, sino un azar del que se beneficiaron sobre todo quienes pudieron lograr en los campos algún privilegio, por ínfimo que fuera, o los que accedieron a cooperar en mayor o menor grado con los verdugos: «Un orden infernal como era el nacionalsocialismo ejerce un espantoso poder de corrupción al que es difícil escapar». Los que llegaron al final del horror, los más débiles de todos, no sobrevivieron. «Al cabo de los años —escribe en *Los hundidos y los salvados*—, se puede afirmar hoy que la historia de los Lager ha sido escrita casi exclusivamente por quienes, como yo, no han llegado hasta el fondo. Quien lo ha hecho no ha vuelto, o su capacidad de observación estuvo paralizada por el sufrimiento y la incomprensión».

En ese sentido, Primo Levi coincide con el cineasta Claude Lanzmann, que también detesta el término religioso «Holocausto», y que ha insistido en la paradoja de que lo que ocurrió de verdad nunca podrá saberse, por mucho que se escriba, se re-

cuerde y se hable sobre los campos: igual que nadie ha vuelto de la muerte, nadie volvió tampoco de las cámaras de gas, nadie podrá contar qué se sentía en medio de una multitud de cuerpos desnudos amontonada en la absoluta oscuridad, oliendo el Zyklon-B y escuchando su silbido según se abrían las es-pitas y empezaba a infectar el aire.

En la médula de la obra entera de Primo Levi está la huella de la persecución de los judíos y de los campos de exterminio. Uno de sus libros mejores y más originales, *El sistema periódico*, es una mezcla excitante de ensayo sobre las virtudes de la Química y de memoria sobre la primera juventud, un ir y volver entre los misterios de la materia, la alegría del conocimiento científico, la melancolía de la exclusión, las incertidumbres y las ilusiones del ingreso en la vida adulta. La tabla periódica de los elementos a la que se refiere el título es el símbolo de la riqueza y la armonía del mundo natural y a la vez el modelo y el punto de partida para las breves historias que dan al libro su forma de cuadrícula, de enciclopedia de sensaciones íntimas y observaciones sobre las propiedades mágicas de la materia. El judío acusado de elemento impuro y de intruso en la presunta pureza racial del pueblo fascista reflexiona en el laboratorio que precisamente las impurezas son las que favorecen las reacciones químicas. El hombre joven, condenado a la apatía del tiempo muerto de la dictadura, a la sofocante alternativa entre la colaboración y el cinismo, encuentra en la Química y en la naturaleza la posibilidad de una vida plena, de un despliegue libre y saludable de las capacidades de su inteligencia.

Pero es en la trilogía compuesta por *Si esto es un hombre*, *La tregua* y *Los hundidos y los salvados* donde se concentra el esfuerzo máximo de la rememoración de Primo Levi, y también su esfuerzo más sostenido y sistemático de reflexión sobre una experiencia que por su propia naturaleza sería indescifrable y monstruosa, casi imposible de transmitir y de creer. Max Aub decía que fue el general Franco, forzándolo al exilio, quien lo hizo escritor. Sin la deportación, sin Auschwitz, reco-

noía Primo Levi, probablemente habría sido siempre un escritor frustrado, un químico con insatisfechas y vagas inclinaciones literarias, un hombre tímido y dócil a las convenciones de su clase social y de su oficio, una de esas personas que pueden pasar satisfactoriamente la vida entera sin salir del ámbito en el que nacieron, que los alimenta y quizás también los narcotiza, que les permite desarrollar sin inseguridad ni apuro sus capacidades personales.

Cuando Philip Roth lo visitó, en 1986, se sorprendió de que Levi viviera en la misma casa en la que había nacido, que cuidara en su mismo apartamento a su madre nonagenaria y en el contiguo a su suegra igual de anciana, y que sus dos hijos tuvieran sus domicilios a muy poca distancia. El estudio lleno de libros en el que conversaban, le dijo Levi a Roth, era la habitación en la que él había nacido: en una calle tranquila, residencial y arbolada, en un edificio sólido y burgués de finales del XIX, un piso con muebles antiguos y oscuros, con una sugestión pesada y solemne de sedentarismo.

De su casa y de su ciudad Primo Levi se alejó tan sólo en unas breves temporadas: en 1942, recién terminada la carrera, para trabajar como químico en un laboratorio de Milán y luego en una mina, clandestinamente, porque al ser judío le estaba vedado el derecho al trabajo; en septiembre de 1943 —los alemanes ya ocupaban Italia, y los fascistas más radicales habían fundado la siniestra República de Saló— se fue a las montañas para unirse a un grupo de partisanos, inepto y asustado, llevando una pistolilla que no sabía manejar y que ni siquiera sabía si hubiera funcionado al intentar dispararla.

El resto de las fechas cruciales que puntúan la ausencia del domicilio familiar se puede enumerar brevemente: el 13 de diciembre de 1943, en un amanecer de nieve y frío que después recordaba como un sueño o una alucinación fue detenido por un grupo de milicianos fascistas: da la impresión de que la condición de resistente de Primo Levi fue tan incierta, tan azarosa como la de escritor. El 22 de febrero de 1944 partió el tren que

lo llevaba a Auschwitz; el 27 de enero de 1945 llegaron al campo, abandonado por los alemanes, los primeros soldados rusos; nueve meses después, el 19 de octubre, Primo Levi regresó a Turín. Y a partir de entonces su vida continuó exteriormente como si nada hubiera sucedido, como si no faltaran en ella esos dos años escasos de negrura absoluta, de residencia en el infierno. Entró a trabajar en una fábrica de pinturas, se casó después de un noviazgo de dos años, tuvo dos hijos, ascendió en su empresa, que llegaría a dirigir, hizo algún breve viaje de trabajo fuera de Italia, algunas veces a Alemania. Había desarrollado con éxito una pintura aislante para cables eléctricos. Pero junto a esa apariencia de convencionalidad había algo que lo volvía raro ante los otros, distinto a cualquiera: la pasión con que se empeñaba en contar, metódicamente, a todo el mundo, a los amigos y a los desconocidos, en el comedor de la casa familiar y en el vagón de un tren, lo que le había sucedido entre el viaje a Auschwitz y el regreso a Turín; y también el hábito que adquirió de quedarse en la fábrica por las noches para escribir a máquina algo que nadie imaginaba lo que podía ser, la prolongación por escrito de su incesante testimonio verbal.

Químico de día, escritor de noche: muchas veces Primo Levi dijo de sí mismo que se veía como a un centauro, una criatura que es dos cosas a la vez y no acaba de ser del todo la una ni la otra. De esa mezcla, de esa impureza, procede su fuerza indomable, su heroísmo de hombre frágil, su valentía de tímido: también proceden de ella ciertas angustias constantes y más o menos secretas de su vida, la tensión entre el gusto literario por el aislamiento y el sentido inflexible de la responsabilidad, por ejemplo, la necesidad de no acomodarse en el personaje que otros le asignaban, su negativa radical a obedecer las actitudes que podían esperarse de alguien como él, tan señalado, tan visible, un judío, un escritor, un químico, un superviviente de Auschwitz.

En 1946 Primo Levi contaba sin descanso y escribía robándole horas al sueño, pero la resonancia que ahora tienen su

nombre y sus libros, y la amplitud que ha ido cobrando el recuerdo del genocidio nazi, no deben engañarnos acerca de la facilidad de la tarea emprendida por él recién acabada la guerra: en aquellos años no se hablaba casi en ninguna parte del exterminio de los judíos de Europa, y no había mucha gente dispuesta a escuchar los testimonios, literalmente increíbles, de los que habían regresado de los campos. La cultura de la posguerra, en Francia y en Italia, estuvo dominada abrumadoramente por los partidos comunistas, y la línea oficial impedía que se reconociera lo que tuvo de específicamente antijudío el mayor empeño de los verdugos nazis. Lo correcto era resaltar, o inventar, en su caso, la resistencia heroica de los comunistas, y la persecución sufrida por ellos, pero no se aceptaba que millones de personas hubieran sido condenadas a muerte por el hecho simple de haber nacido judías, de haber nacido.

En 1947, cuando Levi terminó de escribir *Si esto es un hombre*, lo envió a la editorial Einaudi, que era la de más esclarecidas credenciales progresistas en Italia. El manuscrito fue rechazado, y acabó publicándolo una editorial mucho más modesta, en cuyo catálogo el libro encontró con mucha dificultad sus primeros lectores. De una edición de dos mil quinientos ejemplares, seiscientos permanecían sin vender veinte años más tarde, en un almacén de Florencia anegado por las inundaciones de 1966. En 1957, Einaudi rectificó y volvió a editar *Si esto es un hombre*, que a partir de entonces sí conoció un éxito grande. Muchos años después llegó a saberse quién era el autor, la autora, del primer informe negativo que impidió la publicación del libro cuando Levi lo envió por primera vez a Einaudi. Fue nada menos que la excelente escritora Natalia Ginzburg, no sólo judía y antifascista, como Primo Levi, sino además esposa de un deportado judío a los campos nazis.

Quizás desalentado por la poca atención que su libro había recibido, Levi tardó muchos años en escribir su continuación, *La tregua*, que trata de los acontecimientos inmediatamente posteriores a la liberación del campo por el Ejército Rojo, pero

que tiene un tono muy distinto al de *Si esto es un hombre*, más literario, con un gusto más evidente por los placeres de la narración. Él decía que escribió su testimonio sobre Auschwitz tomando como modelo los informes semanales que hacía en la fábrica, intentando lograr un máximo de claridad y precisión informativa, un despojamiento que tiene mucho de actitud moral. El horror no necesita ser enfatizado ni subrayado: la eficacia del relato de Primo Levi resiste precisamente en el contraste entre las experiencias infernales que cuenta y la limpidez pudorosa de su escritura. El modelo de *La tregua*, en cambio, parecen ser las novelas picarescas de la tradición centroeuropea, las aventuras y viajes del soldado Schweijk: en esas páginas nos parece que reconocemos la voz de alguien que cuenta en primera persona y en voz alta, que ha modelado sus recuerdos, relato tras relato, hasta darles una forma que no es menos veraz por ser cuidadosamente narrativa. *La tregua* trata de un tiempo suspendido, en el que ha terminado la guerra pero no existe todavía la paz, en el que tras el fin del horror perduran las heridas y el desorden que ha dejado, un continente entero devastado, lleno de muertos, de ruinas, de fábricas y ferrocarriles destrozados, de campos de concentración, de muchedumbres de deportados y apátridas. Aun en los días más negros de Auschwitz, Primo Levi había sentido que recobraba su condición humana y la nobleza de la vida, a pesar de la infamia y la animalización del nazismo, gracias a la ternura de la amistad, al recuerdo de unos versos de Dante. En *La tregua* la vida regresa con el tumulto de una inundación, pero el daño ha sido demasiado profundo, y en el fondo de quien ha logrado sobrevivir y regresar late la sospecha de que hay heridas que nunca podrán curarse, de que no hay modo de salir nunca más del campo. La pesadilla que se cuenta en las últimas líneas del libro provoca de pronto el escalofrío del espanto que vuelve cuando se lo creía superado, amortiguado al menos. Muchas personas recordaron esa página escrita en 1961 cuando se supo en 1987 la noticia de la muerte, del casi seguro suicidio de Primo Levi.

Un año antes de morir había publicado *Los hundidos y los salvados*. Ahora nos parece que esos tres volúmenes forman una trilogía armoniosa y necesaria, son los tres episodios de un solo empeño literario y testimonial. En realidad, Primo Levi los fue escribiendo sin un propósito definido de unidad, e incluso, en una entrevista de los primeros años setenta, declaró que ya no le quedaba nada más que escribir sobre los campos nazis. Pero los años no apaciguaban el deseo de seguir contando, ni le traían una serenidad que sin duda Primo Levi había hecho casi más que nadie por merecer. A las antiguas pesadillas, al dolor no mitigado, se añadían, según pasaban los años, nuevas injurias, amenazas sombrías, renacidas: la erosión del olvido, las cínicas tentativas de negar el genocidio nazi, el resurgir del fascismo en Europa, la trivialización literaria o estética de la experiencia de los campos, que para Levi se cifraba en una película que tuvo mucho éxito y que a él le parecía justamente infame, *Portero de noche*, de Liliana Cavani, donde el verdugo y la víctima son presentados como cómplices en una siniestra relación sadomasoquista, como si de algún modo los dos fuesen más o menos lo mismo.

Frente al olvido, frente a la mentira, Primo Levi sentía la necesidad, la obligación, el derecho de seguir contando. Pero también le urgía reflexionar sobre lo más oscuro, sobre el modo en que la memoria del que quiere honradamente recordar se va gastando con los años, sobre la evidencia amarga de que no hay cura ni descanso para el que conoció aquel sufrimiento: «Debemos constatar una vez más, dolorosamente, que el ultraje es incurable: se arrastra con el tiempo, y las Erinnias, en las que es preciso creer, no acosan tan sólo al torturador, perpetúan el ultraje cometido por él al negarle la paz al atormentado».

Confirma sombríamente estas palabras el hecho de que *Los hundidos y los salvados*, siendo el libro de Levi más alejado en el tiempo de la experiencia de Auschwitz, es también el más lleno de desolación, no sólo por la persistencia de las heridas

del pasado, sino también por la amargura del presente y el miedo al porvenir. «Ha sucedido —escribe del nazismo—, y por consiguiente, puede volver a suceder; esto es la esencia de lo que tenemos que decir».

Pero Primo Levi se daba cuenta de que no mucha gente estaba dispuesta a escuchar lo que él y los cada vez más escasos y envejecidos supervivientes de los campos tenían que decir: «Para nosotros, hablar con los jóvenes es cada vez más difícil. Lo sentimos como un deber y a la vez como un riesgo: el riesgo de resultar anacrónicos, de no ser escuchados». Volvía así a insinuarse, al cabo de tantos años, la pesadilla común a tantos prisioneros, cuando soñaban en el campo que volvían a casa y empezaban a contar su infortunio a los familiares reunidos alrededor de la mesa, y éstos al principio atendían con caras serias, un poco ausentes, y poco a poco apartaban la cara, se levantaban, se iban. En los campos, los prisioneros soñaban con comer y con contar: la primera necesidad se alivió con los años, pero la segunda no llegó a saciarse nunca, y en los años ochenta Primo Levi comprendía que cada vez quedaban menos testigos, y que a las nuevas generaciones el nazismo y el genocidio se les iban antojando cosas muy lejanas, crueles, desde luego, pero casi tan ajenas como las matanzas de Gengis Khan o las guerras napoleónicas.

Justo entonces, en ese libro último, Levi se dispuso a contar lo más indecible, a reflexionar sobre lo más amargo y oscuro, lo que él llamó —y así ha quedado en la lengua común de varios idiomas— «la zona gris», el espacio ambiguo entre los verdugos indudables y las víctimas del todo inocentes: en él habitaron los prisioneros que a cambio de una ración más de pan o medio litro suplementario de sopa actuaban como ejecutores o sicarios de los nazis, los judíos que aceptaron administrar los *ghettos* de Polonia y formar parte de sus fuerzas de policía, los que se vieron forzados a descender al último círculo del infierno, los miembros de los llamados *Sonderkommandos*, o «Escuadras Especiales», prisioneros que se encargaban de lle-

var a sus semejantes hasta las cámaras de gas, de despojarlos de la ropa o de los dientes de oro, de arrastrar luego los cadáveres hasta los hornos crematorios o arrojarlos a las fosas comunes. Por supuesto que esa tarea rigurosamente infernal no les salvaba a ellos del exterminio: cada pocos meses los miembros de las Escuadras Especiales eran enviados a su vez a las cámaras de gas, entre otras cosas porque a los alemanes les convenía asegurarse de que no quedaban testigos tan directos de su infamia. Pero antes de matarlos ya habían logrado algo más infame, reflexionaba Primo Levi en 1986: «Haber concebido y organizado las Escuadras ha sido el delito más demoníaco del nacionalsocialismo [...]. Mediante esta institución se trataba de descargar en otros, y precisamente en las víctimas, el peso de la culpa, de manera que para su consuelo no les quedase ni siquiera la conciencia de saberse inocentes».

El 11 de abril de 1987, apenas un año después de escritas estas palabras terribles, Primo Levi cayó por el hueco de la escalera de su casa, desde el rellano de la tercera planta, en la que vivía. En el informe policial se calificó el hecho de suicidio, y muchas de las notas necrológicas que se escribieron, y algunas de las biografías que se han publicado más tarde, lo presentaron como una consecuencia inevitable de los horrores padecidos en Auschwitz y de la exasperación que se trasluce en muchas de las páginas de *Los hundidos y los salvados*. Primo Levi se habría quitado la vida igual que tantos supervivientes, atrapado en la doble angustia de no rendirse al olvido y de no poder soportar el recuerdo. Hay voces que disienten, sin embargo. Su amigo Ferdinando Camon, que lo veía y conversaba con él a diario, sostiene que Primo Levi no se encontraba en un estado de abatimiento tan grave que hiciera previsible el suicidio. Un experto en Química como él, argumentan otros, ¿no pudo encontrar un medio más seguro, menos escandaloso de matarse? ¿Cómo es que un suicida elige arrojarse tan sólo desde la altura de un tercer piso? La barandilla del rellano era muy baja: ¿Se asomó Primo Levi queriendo ver algo —tal

vez esperando la llegada de su mujer— y perdió el equilibrio?

Quizás no haya nunca una respuesta del todo segura, y quizás no importe demasiado, aparte de la tristeza que provoca la muerte prematura de un hombre que dejó un recuerdo tan limpio de calma y bondad en quienes lo trataron, que vivió tan inflexiblemente su vocación múltiple de escritor, de químico, de testigo, de judío, de guardián de una memoria imprescindible. Murió por un azar cruel o se quitó la vida, pero la voz que empezó a contar en voz alta y por escrito en 1946 no se ha callado con la muerte, sigue actuando sobre nosotros como él había deseado, como rememoración y advertencia. Casi nadie ha contado el infierno con tanta claridad y hondura como Primo Levi: casi nadie, al menos en el sombrío siglo en el que vivió, ha resaltado como él la sagrada dignidad de la vida, el impulso de inteligencia y piedad que incluso en medio del horror nos da la oportunidad de seguir siendo plenamente humanos.

ANTONIO MUÑOZ MOLINA